



REFRANOLOGIA

LA familia de Pablo, debía gran parte de su "subsistencia", a la protección de "tío Paco", como todos llaman al hermano de la madre.

Era el tío Paco un solterón viejo, aunque bien conservado, que había hecho frente a la vida con una decisión y una constancia tales, que la vida se dió por vencida. El vencedor se hizo rico. Con un capital bien saneado y mejor invertido, el tío Paco había resuelto descansar. Como sus necesidades no eran considerables, un mediano pasar era más que suficiente para colmar sus deseos de disfrutar los últimos años de su vida, en la mejor forma posible.

La familia de Pablo, numerosa y con escasos recursos, constituyó al tío Paco, en el "refugium" de cuantos contratiempos surgieran en su destaralado existir. Y así, los sablazos menudeaban que era un gusto. Si bien es verdad que era otro gusto la forma original en que eran propinados.

Un día, aparecía el propio Pablo en casa de su cuñado y le convenía de la necesidad de cambiar el baño. Y por las molestias y trabajos de buscar material y operarios adecuados, el sablazo!

Otra vez, era un hijo de Pablo el que se dirigía a su tío, y le vendía un cachivache inserbible. Otra, una hija le hacía algunos mimos, más algún servicio doméstico, cuya importancia no se cansaba de ponderar, y a renglón seguido, el sablazo!

La única que era más expedita en sus procedimientos, era la propia hermana del "interfecto", la cual, sin rodeos ni ambages, le sableaba a diestro y siniestro.

El bueno del tío Paco, se dejaba sablear. Infelices! Que sería de ellos sin su protección?. El, que tantas veces había tenido que ser egoísta en su rudo vivir, gustaba ahora de favorecer a sus parientes, que, por otra parte, le cuidaban, mimaban y querían. Pero el buen hombre tenía un defecto. Mejor dicho, un vicio. El vicio del regateo. Imposible era que pagara a su cuñado el precio exacto que éste ponía a sus servicios de mediador; ni que abonara a su sobrino, el valor que éste señalaba al utensilio comprado; ni que satisficiera a su sobrina, el importe de sus mimos; ni que entregara a su señora hermana, lo que ésta le pedía.

La rebaja era un artículo de primera necesidad en la casa del tío Paco.

Bien lo sabían sus parientes, quienes, por esta misma razón, tasaban exageradamente sus servicios, molestias o mimos.

Y así, lentamente, fué formándose el refrán:

—¿Hijo, que llevas allí, envuelto tan primorosamente?.

—Papá, un nuevo descubrimiento. Un aparato para electrocutar las chinches.

—Para el "proveedor de la real casa", verdad?.

—¡Claro!

—¿Y cuánto le pedirás por esa maravilla?.

—¡Cien pesos! Te advierto que el aparatito los merece.

—No lo niego. Pero, ¡YA VENDRA EL TIO PACO CON LA REBAJA!

—¡Luisito!

—¡Qué quieres!

—¡Vente! ¡Mira qué he cogido!

—¿Y cómo lo has cazado?.

—Debe estar enfermo. O quizá estaba distraído. No se movió.

—¡Qué tonto!

—¡Mejor para mí!

—Pero, oye, mira esos pajaritos que están volando. Se han posado en la rama de aquel árbol. Sueña ese pajarito, que de todos modos no vuela, y vamos a ver si cogemos más.

—¡Qué rico! ¡A ver si cogemos muchos!

—¡Lolito!

—¿Por qué lloras, monin?.

—¡Porque yo tenía un pájaro!... ¡Hip!...

—¿Y qué ha pasado?.

—Yo quería coger otros pájaros!

—Bueno, y ¿qué?.

—¡Qué no los cogí! ¡Hip!...

—¡Paciencia, hijo mío!

—¡Es que el que yo tenía, ha volado!

—Pero, ¿cómo?.

—¡Lo solté! ¡Porque no volaba! ¡Y porque quería coger más! ¡Hip!...

—Pero, chiquillo, no sabes tú, que, MAS VALE PAJARO EN MANO, QUE CIENTO VOLANDO.

DR. CACASENO.